



El lec

animac

El lector y el animador

Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona
colección “celebrar”

Preparado por Josep Lligadas

Todos los números de esta colección
se publican en catalán y castellano

Primera edición: abril 1989
Quinta edición: octubre 2001
1ª reimpresión: abril 2006

Edita: Centre de Pastoral Litúrgica
Diputació 231 - 08007 BARCELONA
ISBN: 84-7467-151-5
D.L.: B - 20.740 - 2006
Imp.: Multitext, S.L.

SUMARIO

Presentación	5
El lector	7
El animador de la celebración	19
Algunos materiales útiles	46

Este opúsculo tiene dos partes. La primera sobre el ministerio del lector y la segunda sobre el animador de la celebración.

En **la primera**, todos aquellos que ejercen el servicio de lector en las asambleas litúrgicas encontrarán criterios y reflexiones generales sobre el sentido de su tarea y, al mismo tiempo, observaciones e instrucciones concretas para hacerlo mejor.

En **la segunda**, todos aquellos que tienen la responsabilidad de las celebraciones litúrgicas –monitores, directores de cantos, equipos de liturgia... todos los animadores de la celebración– encontrarán un repaso de la celebración, momento a momento, indicando todo lo que es conveniente tener en cuenta para que ésta se desarrolle del modo más adecuado.

Este opúsculo será, por tanto, un buen instrumento para revisar y mejorar nuestras celebraciones. Y para ayudar en su misión a todos los que intervienen en ellas.

EL ANIMADOR
DE LA
CELEBRACIÓN

Cada iglesia tiene su sistema de organizar las celebraciones. O cada misa concreta se organiza a su manera. A veces es un equipo que se reúne días antes con el celebrante para hablar de la misa que les toca organizar. A veces es un animador que lo coordina y lo lleva todo. A veces son el conjunto de celebrante, director de cantos y monitor los que antes de comenzar la misa piensan y distribuyen las cosas. A veces esto lo hacen el celebrante y el monitor, que es a la vez director de cantos. A veces tiene que hacerlo todo el celebrante solo...

Pero en cualquier caso, lo importante es que de cada celebración se encargue alguien. Y que se encargue haciendo todos los esfuerzos posibles para lograr que funcione todo lo bien que se pueda. A ese alguien, que seguramente muchas veces no será una sola persona sino más de una, lo llamaremos, en singular, “el animador de la celebración”.

No es preciso destacar aquí la importancia de la tarea que realiza este animador de la celebración. De él depende que el encuentro central cristiano, la Eucaristía dominical, pueda ser vivida y celebrada de la manera más plena posible. Su tarea, su dedicación a esta tarea, son un servicio decisivo a la buena marcha de la comunidad.

ANTES-ANTES DE LA CELEBRACIÓN

1. El animador de la celebración mantiene un interés permanente por su tarea, según sus posibilidades. Procura estar bien enterado del sentido de los diversos tiempos litúrgicos, repasa en casa las lecturas del próximo domingo para saber qué cantos escoger, va a las reuniones de la comisión de liturgia de la parroquia, procura saber la opinión de la gente (no sólo de sus amigos, ni tampoco sólo de los miembros del equipo de liturgia) sobre como van las celebraciones... Algunos libros sencillos pueden ayudar en este aprendizaje: concretamente, en esta misma colección, el titulado *Celebrar el año litúrgico*, y en la colección “Dossiers CPL”, los titulados *La misa dominical paso a paso* (repaso amplio de la celebración, con sugerencias y observaciones) y *Claves para la Eucaristía* (explicación del sentido de los diversos momentos); también el libro de Pierre Jounel *La misa ayer y hoy*, de Ed. Herder. Igualmente, el animador de la celebración, si puede, va alguna vez a un cursillo o a una charla para aprender más (y pide a los responsables de la comunidad que se lo faciliten).
2. El animador de la celebración se preocupa de que crezca el número y la preparación de las diversas personas capaces de intervenir en las celebraciones. Sin pretensiones excesivas, pero a la vez sin creer que no vale la pena hacer más de lo que se hace. Y de este modo, procurará organizar algunas charlas que ayuden a mejorar las diversas tareas que se hacen. O invitará a esta y aquella persona que no han leído nunca pero que quizá podrían hacerlo a encontrarse un día para ensayar un poco, a ver si se animan.
3. Si dentro de las tareas del animador entra la de encargarse de los cantos, un buen instrumento será el librito de esta misma colección que se titula *Cómo escoger y dirigir los cantos*.

4. El animadores consciente de su particular manera de participar en la celebración. Por una parte, procurará vivir, junto con la asamblea, todo lo que la asamblea celebra: escuchará las lecturas como todos, orará como todos, recitará los textos y las respuestas como todos. Pero por otro lado, sabe también que su atención no puede ser la misma que la del resto de miembros de la asamblea: él tiene que estar atento, discretamente, a su tarea, y por lo tanto quizá no podrá vivir la celebración con tanta intensidad como los demás. Su servicio será su forma de participar.
5. El animador es consciente también de que la gente lo ve, y de que de alguna manera es un punto de referencia de la asamblea. Tendrá que evitar, pues, “dar mal ejemplo”, y distraer la atención. Por ejemplo, removiendo papeles todo el rato, moviéndose arriba y abajo, haciendo gestos a vete a saber quién. Y tendrá que evitar, también, dejarse llevar por los nervios. Por ejemplo, si le parece que el micro no se oye suficientemente, no se pondrá a tocarlo mientras el lector lee la lectura, sino que esperará a que termine; o, si durante la oración colecta se da cuenta de que el leccionario no está abierto en la página adecuada, no subirá al ambón para arreglarlo, sino que esperará a que se termine la oración.
6. Y por encima de todo, el animador de la celebración tiene paciencia. Paciencia consigo mismo cuando no le salen las cosas todo lo bien que desearía, y paciencia con su asamblea, con las dificultades para encontrar lectores, con la poca capacidad musical, con aquel monitor que hoy ha leído la monición de la primera lectura durante el silencio del acto penitencial. Paciencia porque sabe la importancia que tiene la celebración cristiana, y está dispuesto a ayudarla a avanzar, a hacer de ella una señal tan intensa como sea posible de la presencia de Jesucristo en medio de su pueblo.

ANTES DE COMENZAR

7. Antes de comenzar la celebración hay que prever un conjunto de cosas. En primer lugar, que esté a punto todo lo que tendremos que utilizar a lo largo de la celebración, y todo lo que constituye el “escenario” de la celebración. Los cirios encendidos, las luces encendidas, las flores bien puestas (o quitadas, si es que están un poco marchitas), los micrófonos conectados y colocados en el lugar y en la medida adecuados. Y el misal y el leccionario en su sitio y a punto para ser utilizados, y las ofrendas del pan y el vino preparadas en la credencia.
8. Y, junto a todo esto, prever también que todas las tareas a realizar estén distribuidas:
 - Los lectores. Uno para la primera lectura, otro para recitar las estrofas del salmo (si no hay un salmista que las cante), otro para la segunda lectura. Los lectores se tienen que buscar antes de comenzar, y no diciendo durante la celebración aquello de “si alguien quiere subir a leer...”. En los lugares en donde la costumbre es que los que quieren leer vienen a avisar, hay que prever que, si en el momento de empezar no están cubiertas todas las lecturas, el animador tiene que ir a buscar quien las lea.
 - El director de los cantos. Que, naturalmente antes de comenzar tendrá pensado ya qué cantos convienen aquel día y en aquella asamblea. Sobre su tarea, se encontrarán muchas sugerencias en el mencionado *Cómo escoger y dirigir los cantos*.
 - El monitor. Si se utiliza la hoja de “Misa Dominical”, se tendrá decidido previamente cuales de las moniciones propuestas para aquel día se leerán, si se modifica alguna

de ellas, si se añade alguna otra... Y lo mismo con la oración de los fieles.

- Los acólitos. Es decir, los que acompañarán al presidente a lo largo de la celebración, los que llevarán las ofrendas al altar, el que ayudará (o los que ayudarán) a dar la comunión. Si hay acólitos instituidos, o un grupo organizado de monaguillos, estas tareas ya quedan cubiertas por ellos (pero en el caso de los monaguillos, no será bueno que sean ellos los que ayuden a dar la comunión, sino una persona adulta). Si no los hay, habrá que prever quién realizará cada una de estas tareas. Especialmente la tarea de acompañar al presidente a lo largo de la celebración, sostener el misal si es preciso, etc.: en demasiados lugares, todavía, el celebrante sale sólo, sin acompañantes, en contra de lo que sería de desear en bien de la dignidad de la celebración.
- Y las otras tareas que pueda haber: los que pasan a recoger la colecta si es que la hay, el turiferario (el que lleva el incensario) si es que lo hay, los que acompañan la procesión de entrada con los cirios si es que los hay, etc.

EL INICIO DE LA CELEBRACIÓN

9. Si es preciso, antes de la celebración se hace un breve ensayo de cantos. Después, hay unos breves momentos de silencio para crear el clima necesario. Después el animador invita con un gesto a la asamblea a ponerse en pie, y se empieza el canto de entrada.
10. El celebrante sale durante el canto de entrada. Convendrá que no salga nunca solo, porque quedaría muy poco significativo de una acción importante. Por esto, será bueno que siempre vaya acompañado al menos de un acólito (un ayudante) o

dos, que pueden ir vestidos con alba o con vestido ordinario de calle. Este o estos acólitos estarán a su lado a lo largo de toda la celebración. Y pueden ser adultos o niños, hombres o mujeres.

11. El celebrante y los acólitos hacen inclinación ante el altar y después el celebrante lo besa y va a la sede. Si hay incienso, ahora se inciensa el altar, mientras continúa cantándose el canto de entrada.
12. El celebrante saluda a la asamblea, y después puede decir unas breves palabras de acogida. Estas palabras pueden servir simplemente de bienvenida a la asamblea, o pueden ser también, los días adecuados, una manera de situar el tiempo litúrgico o la fiesta que se celebre. O, también, si es preciso, pueden referirse a alguna circunstancia particular que viva la comunidad, la Iglesia o la sociedad y que valga la pena en aquellos momentos tener presente.

Las hojas de “Misa Dominical” acostumbran a proponer, para este momento, una fórmula de monición introductoria. Esta monición no es para ser leída, sino que se ofrece como ideas para las palabras iniciales del celebrante. Normalmente, por lo tanto, no será bueno que la lea el monitor, ya que le daría una relevancia excesiva (excepto si hay costumbres o circunstancias que aconsejen lo contrario: por ejemplo, un celebrante muy anciano). Una monición introductoria leída por un monitor sólo será conveniente hacerla en fiestas especiales en que haya que destacar especialmente la explicación del sentido de lo que se celebra. Si no es así, habrá suficiente con las palabras breves del celebrante. Además, en las celebraciones más solemnes, cuando los cantos y el ambiente ya sitúan suficientemente a la asamblea, no serán necesarias muchas veces ni las palabras iniciales del celebrante y habrá más que suficiente con el saludo ritual.

13. Después viene el acto penitencial. El celebrante lo introduce, se hacen unos momentos de silencio, se dice una de las fórmulas de petición de perdón, y el celebrante lo concluye.

Conviene que este momento de silencio sea un momento suficiente: no excesivo, pero tampoco tan corto que la gente ni se dé cuenta; es bueno, al comenzar la celebración, tener unos momentos de concentración personal ante Dios, no sólo para pedir perdón, sino sobre todo para disponerse interiormente a la Eucaristía. La asamblea debe darse cuenta de que está haciendo silencio.

La fórmula más habitual de petición de perdón es la de las invocaciones y el “Señor, ten piedad”. El mismo director de cantos puede leer las invocaciones y entonar el “Señor, ten piedad”. O puede hacerlo un monitor, o el mismo celebrante.

No hay que dejar perder, sin embargo, las otras fórmulas, sobre todo la del “Yo confieso”, que puede utilizarse alguna serie de domingos.

También, en algunas ocasiones (en la Cuaresma, por ejemplo), se puede resaltar el acto penitencial con un silencio más largo y un canto de petición de perdón. Sin embargo, esta sustitución de las fórmulas del misal por cantos de petición de perdón es una práctica que no es bueno hacerla muy a menudo: da un tono a este momento excesivamente centrado en el pecado, tono que no es el que le corresponde.

14. Los domingos y fiestas en que corresponde, ahora se dice o canta el Gloria. El Gloria es un himno, y por lo tanto convendría cantarlo siempre. Si no se canta, hay que recitarlo bien, pausadamente, inteligiblemente. A veces podrá hacerse a dos coros, a veces con música de fondo. Y habría que cantarlo siempre en los días solemnes.

Cuando se canta, puede entonarlo el celebrante o el director de cantos.

15. Y el rito de entrada se termina con la oración colecta, que dice el celebrante.

LA LITURGIA DE LA PALABRA

16. En la Liturgia de la Palabra hay un ministerio relevante: es el del lector. Todo lo que afecta a este ministerio se encuentra en la primera parte de este folleto.
17. Otra tarea a valorar en la Liturgia de la Palabra es la del monitor. Las moniciones, en este momento, sirven para que la asamblea pueda captar mejor las lecturas: normalmente, cuando uno llega de la calle, de la vida normal, cuesta entrar en el lenguaje y en el ambiente a veces tan diferente y poco conocido en que está escrita la Palabra de Dios. Las moniciones no podrán pretender, sin embargo, conseguir que todo se entienda totalmente (no pasa nada si quedan cosas oscuras: ¡no estamos en una clase sino en una celebración!). No serán pequeños sermones o pequeños resúmenes de la lectura. Serán, sencillamente, esto: un toque de atención para situar la lectura, para que la lectura pueda ser mejor captada.
18. Las moniciones pueden ser redactadas en cada lugar, según las diversas situaciones. O se pueden utilizar las que propone “Misa Dominical”, pero repasándolas antes de comenzar, por si hay que adaptar, suprimir o añadir algo.
19. Existen lugares en donde utilizan las moniciones de “Misa Dominical” pero dejando sistemáticamente de leer la del salmo o la del evangelio. Este no es un buen criterio. La monición

del salmo es una invitación a ponerse en actitud de oración, y la del evangelio invita a recibir la palabra de Jesucristo y a saludarla con el aleluya. El buen criterio de selección será ver qué moniciones conviene leer en cada caso y cuales no según el tipo de celebración y de asamblea. Pero sin excluir sistemáticamente ninguna de ellas.

20. Las moniciones deben estar siempre escritas previamente. El don de la buena improvisación lo tiene poca gente. Y quien improvisa sin saber hacerlo lo que logra es cansar a la asamblea en lugar de no ayudarla.
21. Las moniciones no se dicen desde el lugar en donde se leerá la Palabra, sino desde otro lugar. El lugar de la Palabra es sólo para eso: para leer la Palabra.
22. Las moniciones no las lee el mismo que leerá la lectura. Porque conviene que se distinga bien lo que es la Palabra de Dios de lo que es nuestra palabra.
23. Entrando ya a repasar concretamente el desarrollo de la Liturgia de la Palabra, conviene destacar que, para comenzarla, es preciso que la asamblea esté en silencio. Es decir, una vez terminada la oración colecta no hay que empezar inmediatamente con la monición a la primera lectura, sino que hay que esperar a que todo el mundo esté bien sentado y a que no se oigan ruidos. Entonces, el monitor se acerca al micrófono y comienza la monición (y, si no hay monición, sube el lector y comienza la lectura).
24. Este criterio de no comenzar a leer nada si la gente no está tranquila y quieta y en disposición de escuchar, hay que seguirlo en toda ocasión. Por ejemplo, dejando pausas, y no uniéndolo todo sin dar tiempo a respirar y digerir lo que se ha escuchado: entre la monición y la primera lectura, entre la primera lectura y la monición del salmo, entre la moni-

ción del salmo y el salmo, entre el salmo y la monición a la segunda lectura, entre...

25. Después de la monición se empieza la lectura. Los lectores pueden estar en el presbiterio desde el comienzo de la celebración y hasta el final, o pueden subir todos a la vez después de la oración colecta y bajar después del evangelio, o pueden subir cuando les toque leer y bajar al terminar. Si suben cuando les toca leer, no lo harán mientras el monitor lee la monición, sino antes de comenzarla o después de acabarla. Antes de comenzar cada lectura hay que asegurar que el micrófono esté a la altura adecuada para el lector correspondiente. De asegurar esto puede encargarse, por ejemplo, el monitor.
26. Después de la primera lectura viene la monición al salmo (si la hay), y después el salmo. El salmo responsorial es un momento en que, dentro de la Liturgia de la Palabra, oramos con las palabras que nos da la misma Palabra de Dios. Es un momento importante, que hay que realizar adecuadamente. Y por esta razón no hay que substituir el salmo responsorial por ningún otro canto actual.
27. La mejor manera de proclamar el salmo es que un cantor cante las estrofas y todo el pueblo cante la antífona de respuesta. Convendría esforzarse para poder hacerlo así, y si no, al menos poder hacerlo así en los días más solemnes. Pero atención: este “poder hacerlo así” quiere decir “poder hacerlo así *bien*”, y no “poder hacerlo así de la manera que sea porque nos han dicho que hay que hacerlo”. Hacerlo bien querrá decir que el cantor cante bien, cante de tal manera que la letra se entienda bien (¡esto es indispensable!) y ayude a orar. Si no, más vale leer las estrofas. Y lo mejor para saber si se hace como hay que hacerlo es ver si a la gente le gusta.

28. Si no se pueden cantar las estrofas, al menos sí que habrá que cantar *en todas las misas* la antífona de respuesta. Es la mejor forma de crear el clima de oración que el salmo debe tener: con el canto repetido de la antífona por parte de la asamblea. Si se puede, esta antífona será la misma que pone el leccionario; pero si la del leccionario no se sabe, o los asistentes no son capaces de aprenderla, entonces se puede cantar otra, sencilla y más conocida, que tenga un sentido parecido; o alguna general como “Tu Palabra me da vida”. Alternando con la antífona, un lector irá recitando las estrofas del salmo (sólo las estrofas, y no el texto de la respuesta). Y si se puede, el recitado de las estrofas será bueno acompañarlo con música de fondo, suave, de guitarra o de órgano, por ejemplo (este fondo sonoro, al final de cada estrofa leída, se convierte en estribillo).
29. Lo que sí hay que evitar es hacer que la gente vaya repitiendo de memoria, sin cantar, la respuesta que pone el leccionario. Esto no se tendría que hacer nunca, porque impide realizar el objetivo del salmo: impide el clima de oración, ya que toodo el mundo está pendiente de recordar la respuesta. Si realmente es imposible cantar nada (es decir, en aquellas celebraciones en las que no se canta nada en ningún momento, ya que si se canta en algún otro momento también se puede cantar en éste), se puede recitar el salmo pausadamente y sin respuesta de la gente, o se puede hacer otra combinación: el lector dice el texto de la respuesta y la gente lo repite; el lector lee pausadamente las estrofas del salmo, sin respuesta de la gente; al final, el lector vuelve a decir el texto de la respuesta y la asamblea vuelve a repetirlo.
30. El salmo lo lee una persona distinta de la que ha leído la primera lectura y distinta también de la que leerá la segunda. Hay, pues, tres lectores: de la primera lectura, del salmo, y

de la segunda. Este cambio de personas, hecho con calma y dignamente, ayuda a resaltar la especificidad de cada texto. Sin embargo, si en algún lugar se ve necesario reducir el número de personas que intervienen, el lector de la primera lectura puede leer también las estrofas del salmo.

31. Después del salmo, el monitor dice (si la hay) la monición a la segunda lectura, y el lector lee la lectura.
32. Después de la segunda lectura, viene la preparación al evangelio. Si hay monición, la preparación del evangelio comienza con la monición, que no debe leerse nunca después del aleluya, sino antes. Después de la monición, todos se ponen en pie y se aclama el evangelio con el canto del aleluya o, en tiempo de Cuaresma, con otro canto de aclamación a Jesucristo. El canto del aleluya puede acompañarse con el canto o la lectura del versículo que el leccionario asigna en este momento (se canta el aleluya, se lee o canta el versículo, se vuelve a cantar el aleluya): si se lee, no debe hacerlo quien ha leído la segunda lectura, ya que no tiene nada que ver, sino que puede hacerlo, por ejemplo, el director de cantos. Durante el canto del aleluya se prepara el incienso si lo hay, y el que tiene que leer el evangelio va hacia el lugar correspondiente desde donde lo leerá.
33. Después, el presbítero o diácono a quien corresponda, proclama el evangelio.
34. Terminado el evangelio tiene lugar la homilía. Después de la homilía, todo el mundo puede continuar sentado en unos momentos del silencio reflexivo.
35. Después, los domingos y otros días en que corresponda, se dice la profesión de fe o credo. Actualmente, la profesión de fe puede decirse según dos fórmulas: una es la larga, que es la que antes se decía siempre en la misa, y la otra es la breve,

conocida como “Símbolo apostólico”, que era el credo que se aprendía de memoria en la catequesis. Convendría utilizar ambas: por ejemplo, la forma breve, que por su brevedad hace resaltar los aspectos más centrales de la fe, podría utilizarse en los tiempos de Cuaresma y Pascua. La profesión de fe normalmente será recitada y no cantada (excepto en determinados días en que se quiera destacar especialmente). Sin embargo, habrá que procurar que este recitado se haga a un ritmo común, con las pausas adecuadas, y no atropelladamente.

36. La Liturgia de la Palabra termina con la oración universal, u oración de los fieles. En este momento la comunidad, antes de participar de la mesa del Señor, sale de sí misma y mira al mundo entero, e intercede por el mundo entero ante el Padre. Según dice el misal, hay cuatro tipos de intenciones que tendrían que aparecer siempre (aunque no necesariamente en este orden): por la Iglesia, por el mundo y por los gobernantes, por los que sufren, y por la propia comunidad. Así pues, habrá que evitar que la oración esté hecha sólo a base de intenciones de la comunidad, o de peticiones para nuestro mejoramiento personal, olvidándonos del mundo. Y a la vez, habrá que procurar que no quede todo muy general y lejano, y encima dicho con frases vagas y tópicas, sino que también salgan intenciones más próximas, de los acontecimientos que afectan más a los asistentes (pero sin hacer una especie de noticiario de las últimas desgracias acontecidas...).
37. La oración de los fieles la introduce el celebrante, que normalmente indica también lo que responderá la asamblea (o lo indicará inmediatamente quien lea las oraciones, para evitar que la gente responda cosas diversas). Después, un diácono, el monitor, u otra persona lee las intenciones de oración. A cada intención, la asamblea dice su respuesta que, si es posible, será cantada, para dar relieve al sentido

colectivo de la oración. Finalmente, el celebrante dice la oración conclusiva.

38. Es mejor que las intenciones de oración las lea una sola persona, y no que vayan desfilando unas cuantas, que más bien distraen. El carácter colectivo de la oración ya se destaca con la respuesta de todos, y no con los diversos lectores de intenciones. Leer las intenciones entre diversas personas podrá hacerse, en todo caso, en alguna circunstancia particular que lo aconseje.
39. Normalmente no será aconsejable que haya intenciones espontáneas: en una asamblea grande, siempre será mejor que las cosas estén preparadas de manera que respondan al conjunto, y no a las emociones concretas de unas pocas personas. Sí puede ser bueno, en cambio, que aquellos que quieran lleven intenciones escritas y las den al animador antes de empezar la celebración, para que éste las inserte en el conjunto. Sin embargo, si por algún motivo se ve necesario que haya intenciones espontáneas, tendrían que leerse antes algunas preparadas que diesen un tono de universalidad, y que después, en todo caso, se puedan añadir las espontáneas (las cuales también convendrá que quien las quiera decir se las haya escrito previamente).

LA LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

La preparación de las ofrendas

40. Después de la oración de los fieles, todo el mundo se sienta y tiene lugar la preparación de las ofrendas. El momento de la preparación de las ofrendas es un momento para crear clima que introduzca a la Liturgia de la Eucaristía. Por un lado, pues, habrá que hacer visibles los gestos de preparar

el pan y el vino; por otro, habrá que asegurar un ambiente de distensión, que relaje de la tensión de la Liturgia de la Palabra y disponga para la Eucaristía.

41. Las ofrendas tendrán que estar preparadas, desde el comienzo de la misa, en la credencia (mesa auxiliar) o en otro lugar adecuado, pero nunca sobre el altar mismo. De allí son llevadas al altar por los acólitos o por algunos de los asistentes. Hay que notar que los corporales y los purificadores no son ofrendas, y por lo tanto pueden estar en el altar desde el comienzo o ser llevados a él más discretamente que las ofrendas.
42. La forma más normal de hacer la preparación de las ofrendas es la siguiente. El celebrante toma la cesta del pan, la tiene un poco levantada (sólo un poco!), dice en secreto las palabras que pone el misal, y después deja la cesta sobre el altar. A continuación, pone el vino y el agua en el cáliz, lo tiene un poco levantado, dice en secreto las palabras, y después lo deja sobre el altar.
43. Sobre esto, se pueden señalar algunas prácticas no recomendables:
 - No es recomendable decir en voz alta las palabras que pone el misal para presentar el pan y el vino. No lo es porque suficientes palabras tiene ya la misa, de manera que en este momento lo que conviene es el silencio, la tranquilidad, los gestos bien hechos que ayuden a prepararse para la liturgia de la Eucaristía. El misal ya señala que estas palabras hay que decirlas en secreto, y que sólo alguna vez pueden decirse en voz alta (y nunca se dirán en voz alta, ni tan sólo a media voz, cuando se canta o hay música!).

- No es recomendable, normalmente, cantar durante el momento de la preparación de las ofrendas. Por los mismos motivos del punto anterior: porque es un momento de tranquilidad. En cambio, será recomendable que haya música de fondo, en directo o grabada. El canto más vale reservarlo, si acaso, para cuando se haga solemnemente procesión de ofrendas.
 - No es recomendable tener el vino ya puesto dentro del cáliz. Esto no tendría que hacerse nunca. Porque en este momento de las ofrendas son importantes los gestos, las cosas que entren por los ojos. Y el gesto de poner el vino y el agua dentro del cáliz es un gesto que tiene que ser visto!
 - No es recomendable, finalmente, coger el pan y el cáliz ya preparados previamente, levantarlos a la vez, y decir en voz alta las palabras que pone el misal uniéndolas en una sola oración. Hacer esto es una suma de desaciertos. El desacierto de decir la oración en voz alta, el desacierto de no hacer el gesto propio de presentación primero del pan y después del cáliz, el desacierto de no hacer, tampoco, el gesto de poner el vino y el agua dentro del cáliz...
44. En los lugares en los que se hace colecta de dinero para las necesidades de la Iglesia y por los pobres, el momento de la preparación de las ofrendas será el adecuado para hacerla. Lo mejor será que el celebrante se siente al acabar la oración de los fieles, mientras un número suficiente de personas pasa a hacer la colecta (un número suficiente para que no se alargue). Al terminar, se llevan al altar las ofrendas del pan y el vino y se preparan.
45. En días más solemnes, será bueno resaltar la preparación de la Eucaristía con la procesión de las ofrendas. La procesión

de ofrendas tiene como objeto llevar al altar el pan y el vino y, si es oportuno, ofrendas también para las necesidades de la Iglesia y para los pobres. Durante la procesión de ofrendas será bueno cantar un canto.

46. No resulta muy apropiado añadir, en la procesión de ofrendas, lo que se llama ofrendas “simbólicas”, ya que desequilibran el sentido de este momento y distraen de lo que se está haciendo, que es preparar la Eucaristía: estas ofrendas “simbólicas” pueden ponerse, en toda caso, como rito inicial o rito final de la celebración. Y ciertamente, lo que no debe hacerse en modo alguno, y hay que evitar siempre, es ofrecer en este momento regalos a personas (al celebrante en el día de su santo, al ordenado el día de la ordenación...): estos regalos deshacen el sentido de este momento y hay que pasarlos, en todo caso, al principio o al final de la celebración.
47. Después de la preparación de las ofrendas, si hay incienso, tiene lugar la incensación de las ofrendas, del altar, de los ministros y de la asamblea.
48. Después tiene lugar la invitación a la oración (“Orad hermanos...”), con la correspondiente respuesta del pueblo, y después el celebrante dice la oración sobre las ofrendas.

La plegaria eucarística

49. La plegaria eucarística es una oración presidencial a la que la asamblea se adhiere escuchándola con atención e interviniendo con algunas aclamaciones. Será tarea del presidente, por lo tanto, asegurar un tono y un estilo de proclamación de la plegaria que haga que la asamblea se sienta llevada por ella, presa por ella. Sobre todo, el presidente mostrará, con su tono y estilo, que nos encontramos realmente en el

momento central de la celebración, y no en una segunda parte que se liquida con rapidez porque la homilía ya ha sido suficientemente larga...

50. Antes de la plegaria eucarística, es decir, después de la oración sobre las ofrendas y antes de comenzar el diálogo inicial del prefacio, muchas veces será bueno hacer una breve monición del presidente mismo, que resalte el sentido central de lo que vamos a hacer, lo enlace de alguna forma con la Liturgia de la Palabra, e invite a crear espíritu de acción de gracias. Alguna vez, esta monición podrá hacerla un monitor.
51. Para que la plegaria eucarística tenga la relevancia que merece, es un elemento importante el tono y la manera como la proclame el celebrante. Pero también lo es el que se canten aquellos elementos que tienen que ser cantados: no puede ser que en la misa se cante en todas partes menos en la plegaria eucarística! No sólo el Santo (que acostumbra a cantarse ya siempre), sino también las demás aclamaciones y diálogos. Son cantos que habría que introducir ya de manera habitual en todas las misas: el diálogo inicial del prefacio, la aclamación después de la consagración, y el Amén final del “Por Cristo”. Y, en los días más solemnes (o cada domingo, en la misa principal), el prefacio entero (si el celebrante puede cantarlo bien, claro está).

La comunión

52. Después del Amén final de la plegaria eucarística vienen los ritos de la comunión. Son los siguientes: padrenuestro; oración de la paz y gesto de paz; fracción del pan; invitación a la comunión; comunión; silencio después de la comunión; oración después de la comunión.

53. El padrenuestro lo introduce el celebrante y lo recita toda la asamblea. En días más solemnes puede ser bueno cantarlo (pero, por favor, con el texto del padrenuestro de verdad, el que nos enseñó Jesús, no con adaptaciones más o menos afortunadas...). También, según la asamblea, será bueno proponer que todo el mundo tenga las manos levantadas en actitud de oración. (El gesto fraternal de decirlo dándose las manos no parece tan adecuado, ya que la fraternidad se expresará después en el gesto de paz).
54. El padrenuestro enlaza con el embolismo “Líbranos, Señor”, al cual responde la asamblea con la aclamación “Tuyo es el reino”. Si el Padrenuestro se ha cantado, podrá cantarse también esta aclamación.
55. Después viene el rito de la paz, que consta de la oración, el anuncio de la paz, la invitación a la paz y el gesto de paz entre los miembros de la asamblea. Este rito no tiene que tomarse sólo como una expansión simpática, sino como una afirmación de voluntad de superación de divisiones, de reconciliación y perdón mutuo, de trabajo por un mundo justo que haga posible una verdadera paz, de seguimiento del estilo de Jesús que se nos da, de reconocimiento de que la fuerza para la paz y la plenitud de la paz sólo se encuentran en Jesús.
56. Después viene la fracción del pan. Un gesto muy significativo, tanto que durante los primeros tiempos de la Iglesia la Eucaristía se llamó “fracción del pan”: el celebrante parte el pan del que participará toda la comunidad, que forma un solo cuerpo. El problema es que este gesto ha quedado reducido a la mínima expresión, por razones de comodidad: se parte sólo una hostia, la del celebrante! Habría que hacer lo posible para recuperar el gesto: por lo menos, partir unas cuantas

hostias grandes; y procurar tener pan ácimo más consistente y partible (al menos en los días más solemnes).

57. Durante la fracción del pan, el misal prevé que se cante la letanía del “Cordero de Dios”. La manera normal de hacer este canto es que un solista cante la invocación “Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo” y que el pueblo responda “ten piedad de nosotros” y “danos la paz”. Habría que intentar que se hiciera realmente de esta manera, ya que esto le da una variedad respecto a los otros tipos de cantos. Existen también algunos textos alternativos de la invocación, a los que se responde igualmente “ten piedad de nosotros” y “danos la paz”, que puede ser bueno utilizar.
58. En muchos lugares se ha introducido la costumbre de cantar, en lugar del “Cordero de Dios”, un “canto de paz”. Sobre esta costumbre habría que tener en cuenta un par de cosas. La primera, que no sería nada bueno que el canto de paz sustituyera siempre al “Cordero de Dios”: si acaso, habría que alternar en determinados días y tiempos uno y otro canto (por ejemplo, en Adviento, Cuaresma y unos cuantos domingos del tiempo ordinario, cantar el “Cordero de Dios”). La segunda, que los cantos de paz que se canten no sean simples cantos “simpáticos” sino cantos “cristianos” que recojan el sentido que tiene el rito de la paz, según decíamos más arriba.
59. Durante la fracción y durante el canto correspondiente es el momento de repartir el pan de la Eucaristía en las diversas cestas en que tendrá que ser distribuido (no es bueno que durante la plegaria eucarística haya muchas patenas, copones o cestas en el altar: lo mejor es que haya una sola y en el momento de la fracción se reparta en las que sean necesarias). Del mismo modo, si tiene que hacerse, éste es el momento de llevar del sagrario al altar la reserva (a pesar

de que se debería intentar que siempre se comulgara del pan consagrado en aquella misa).

60. Para evitar que la distribución de la comunión se alargue excesivamente, convendrá que, en las asambleas numerosas, haya otras personas que, además del celebrante, distribuyan la comunión. Pero no es bueno que sea un sacerdote que no ha participado en la celebración el que salga ahora a ayudar, sino que conviene que sea siempre alguien (presbítero, diácono, religioso/a, laico/a) de los que han participado. Si los que tienen que ayudar a distribuir la comunión son laicos que se encuentran entre la asamblea, tienen que subir al presbiterio durante la fracción y el canto correspondiente.
61. Después de la fracción del pan y el canto, el celebrante muestra el pan eucarístico a la asamblea, dice la invitación a la comunión y todos, celebrante y asamblea, dicen la oración “Señor, no soy digno”. Después el celebrante comulga con el pan y el cáliz, da la comunión a los otros ministros y, si hay alguien que tenga que ayudarlo a distribuirla a la asamblea, le hace entrega de la cesta correspondiente.
62. Actualmente, en la mayoría de los casos, la comunión se realiza sólo con la especie del pan. Pero convendría hacer el esfuerzo de ampliar al máximo la comunión con las dos especies, ya que es el signo pleno de participación en la Eucaristía, en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Y convendría que, según las posibilidades, esta participación fuera comiendo realmente el pan y bebiendo realmente el cáliz, como Jesús hizo con sus discípulos, y no mojando.
63. Habría que hacer todo lo posible para que la procesión de la comunión tuviera la dignidad que corresponde a la importancia de lo que va a hacerse. En muchos lugares esto ya se ha conseguido espontáneamente. En otros, en cambio, se

crea un ambiente de cola de autobús o de apelo-tonamiento de entrada de partido de fútbol que habría que corregir. Por ejemplo, con alguna monición breve en que, sin reñir a la gente, se invite a acercarse a recibir la comunión ordenadamente y con espíritu de oración y de acción de gracias.

64. Mientras comulga el celebrante, se comienza el canto de comunión. El canto de comunión tendría que ser tranquilo y fácil de cantar, de modo que la asamblea pudiera seguirlo sin necesidad de papeles ni cantorales y pudiera estar más atenta al Señor que va a recibir. En este sentido, serían buenos cantos de estrofas, en los que la gente sólo tenga que cantar un estribillo. También será bueno alternar, si la comunión es larga, ratos de canto con ratos de música. O, alguna vez, hacer la comunión en silencio o con música de fondo.
65. Después de la comunión, se retiran las cestas y los cálices a la credencia, o a un lado del altar. Para purificarlos, lo mejor es esperar a que termine la misa. Pero, si se quiere hacer inmediatamente después de la comunión, nunca tendría que ser en el mismo altar, sino en la credencia (en el altar queda muy antiestético).
66. Después de la comunión es bueno hacer unos momentos de silencio, con todo el mundo sentado, celebrante incluido; pero en determinadas celebraciones de tono muy intenso, será mejor no hacer este silencio. Si la comunión se ha hecho en silencio, en este rato posterior puede cantarse algún canto. También, si hay algún aviso que hacer que sea especialmente largo, puede hacerse ahora, mientras todo el mundo está sentado.
67. Después todo el mundo se pone de pie, y el celebrante dice la poscomunión.

LA CONCLUSIÓN DE LA CELEBRACIÓN

68. Terminada la poscomunión, se hacen los avisos breves que haya que hacer. Los puede hacer el celebrante o un monitor.
69. Después el celebrante da la bendición, que en muchos casos podrá tener la forma de bendición solemne o de oración sobre el pueblo, según propone el misal. En la bendición solemne o la oración sobre el pueblo será conveniente que un acólito o algún otro ayudante sostenga el misal ante el celebrante, para que éste pueda decirlas con las manos extendidas sobre la asamblea.
70. La celebración termina con la despedida y la salida del celebrante y los ministros.
71. El misal no prevé que la misa termine con un canto final, sino que más bien supone que los ministros y la gente salen acompañados de órgano o en silencio. Es, sin duda, una buena manera de terminar, sin alargar la celebración innecesariamente después de haber dicho el “Podéis ir en paz”.

Sin embargo, en muchos lugares ha arraigado la costumbre de un canto final. Tampoco es mala forma de terminar, pero siempre que se evite un prolongamiento innecesario de la celebración. Lo mejor será que este canto sea breve y se sitúe después de la bendición y antes del “Podéis ir en paz”, como una aclamación final de la asamblea. Sólo en casos muy especiales (celebraciones muy animadas que la gente tiene ganas de alargar cantando, o la fiesta del patrono en que es bueno cantar íntegro su himno o sus gozos) resultará apropiado un canto final largo.

Y, ADEMÁS...

72. Hay que respetar siempre a la asamblea. Evitar todo lo que sea –o parezca– una reprobación. Si hay que advertir sobre algún “defecto” (llegar tarde, no cantar, etc.) tendríamos que saber hacerlo siempre positivamente (por ejemplo: “Gracias a todos aquellos que llegan unos minutos antes de comenzar para ensayar los cantos”). El animador de la celebración, si quiere realmente “animarla”, nunca tiene que enfadarse ni molestarse con los hermanos asistentes.
73. Hay que evitar las advertencias inútiles. Por ejemplo, decir “pongámonos de pie” cuando la gente ya sabe que hay que levantarse (o es suficiente una señal con la mano indicándolo). El animador tiene que preferir siempre pecar por palabra de menos que por palabras inútiles, que entorpecen el clima de la celebración.
74. En este sentido, hay que procurar también que durante la recitación común de oraciones, etc. (el gloria, el credo, el padrenuestro...) la voz del animador –y la del celebrante– no se oigan demasiado por los altavoces. A menudo es conveniente que el animador o el celebrante marquen el ritmo de la asamblea en las oraciones comunes. Pero siempre sin gritar. Y sobre todo sin marcar los dos (animador y celebrante) ritmos diferentes: con una voz que marque el ritmo basta; el otro hará bien en cerrar el micrófono o alejarse de él.
75. Especialmente si el celebrante no es el habitual en aquella misa, será conveniente ponerse de acuerdo con él antes de empezar. Actualmente las costumbres son a menudo diversas según lugares y conviene concretar las formas de hacer para evitar después sorpresas. En principio, es el celebrante el que tiene que adaptarse a las formas de cada lugar.

76. El uso del sentido común es una de las cosas importantes para el animador de la celebración. Sentido común para ver qué conviene hacer realmente dentro de las posibilidades de aquella asamblea (y, a veces, lo que se dice en estas páginas que es lo mejor no será lo que convendrá hacer; otras veces, en cambio, sentido común querrá decir ser un poco más exigente y sacar más partido de la asamblea del que se está sacando). Y sentido común, también, para resolver bien los problemas que puedan surgir durante la celebración (ejemplo exagerado: si el monitor se ha olvidado la monición a la segunda lectura y el lector ya está leyendo la lectura, no hay que hacer que el lector se calle a mitad de lectura para que el monitor lea la monición; ejemplo no tan exagerado y más habitual: si durante la lectura del evangelio el animador ve que uno de los cirios del altar se ha apagado, que espere a que termine la lectura para ir a encenderlo, ya que si no distraerá a todo el mundo).
77. Al terminar la misa, a menudo será útil un rápido—breve—diálogo con el celebrante y los otros actores (monitor, director del canto, organista, etc.), para comentar algún aspecto, tanto positivo como negativo de la celebración. Para tenerlo en cuenta los demás días.

ALGUNOS MATERIALES ÚTILES

En esta misma colección “Celebrar”:

- *Cómo escoger y dirigir los cantos*. Observaciones, sugerencias, ideas sobre este aspecto fundamental en la animación de la celebración.
- *Celebrar el año litúrgico*. Para conocer mejor, y celebrar mejor, los distintos tiempos litúrgicos. Con sugerencias concretas.

En la colección “Dossiers CPL”, del Centre de Pastoral Litúrgica:

- *La misa dominical, paso a paso*. Un repaso amplio y detenido de la celebración, con sugerencias y observaciones.
- *Claves de la Eucaristía*. Explicación catequética del sentido de los distintos momentos de la celebración eucarística.
- *La misa, sencillamente*. Una buena presentación del sentido de la celebración de la Eucaristía, de su origen, de su vinculación con nuestra vida, de su desarrollo.
- *Ministerios de laicos*. Repaso, explicación y sugerencias sobre los distintos ministerios y actuaciones de los laicos en la celebración litúrgica.

Una publicación periódica, también del Centre de Pastoral Litúrgica:

- *Misa Dominical*. Contiene las hojas de moniciones y plegarias para cada domingo, orientaciones para la celebración y para la homilía, y otras sugerencias y materiales.

- *Galilea.153 Liturgia, pastoral, vida cristiana*. Una revista que sale seis veces al año, con elementos de formación litúrgica, experiencias, las lecturas de los días y fiestas, y las sugerencias para los cantos. También puedes ver algunos de sus contenidos en <http://cpl.es/>